
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1968 MONTERREY, MEXICO

CUARTA PARTE

La estación era fría; en el río y en el pantano brillaban trozos de hielo y por la noche bajaba tanto la temperatura que muchos árboles se abrían con gran estruendo. Viajar con aquel tiempo ofrecía peligro por las manadas de lobos que asaltaban no solo á los viajeros sino hasta las aldeas.

Los aldeanos, sentados junto al hogar, esperaban la vuelta del buen tiempo.

La «casa de caza» de Janush quedó desierta porque su dueño marchó con sus invitados á Tzechanov. Zbishko estaba mejor, pero aún no se sentía capaz de hacer un largo viaje, así es que con sus criados y Zanderus se detuvo en la casa del príncipe. Pensaba de continuo en Danusia; consolábale la idea de que era suya y nadie podría arrebatarársela; pero por lo mismo sentía más no tener entre sus brazos á la linda joven.

Calculaba cuándo podría marchar junto á Jurand. A veces le arrebatában tristes presentimientos; otras pensa-

ba que su porvenir sería dichoso y se reduciría á esto: amar á Danusia y matar alemanes.

A menudo sentía deseos de hablar al tcheque, pero recordando que Glava era un regalo de Jaghenka, se contenía y no le hablaba de Danusia.

Una semana antes de Navidad montó Zbishko á caballo. No podía aún soportar el peso de las armas; pero poco le importaba, porque no veía próxima la ocasión de esgrimir las. Ensayábase en esgrimir espada y hacha y dos días antes de Navidad mandó preparar caballos y perros, pues deseaba marchar á Tzechanov. El tcheque, temiendo por la vida de su dueño, trató de disuadirle; pero Zbishko le replicó:

—No porfies, Glava; lo he decidido. Además, si á causa del viaje me indispusiese, en Tzechanov me curaría. Recorreré el camino en coche y solo montaré á caballo cerca del castillo.

El tcheque, que conocía el carácter resuelto de su dueño, no insistió y preparó la marcha.

En el instaute de la partida, viendo que Zanderus tomaba asiento en el coche, dijo Zbishko:

—Te pegas como una lapa. ¿No tenías que ir á Prusia?

—Sí, pero no puedo atravesar estos campos de nieve sin límites. Los lobos me devorarán. Os quiero mucho además y pudiera ser que me necesitarais.

—Siempre está dispuesto á comer y beber á vuestra salud,—dijo Glava,—y le gusta mucho esta ocupación; pero si en el bosque de Prasnsh los lobos nos atacan, se lo echaremos, ya que no es bueno para nada.

—Cuida de que tus labios pecadores no se cubran de un hielo que sólo el calor del infierno puede disolver, contestó Zanderus.

Sonrió el tcheque y repuso:

—¡Bah! con cerveza que quita el hielo; pero no el tuyo.

—¡Malo! Y sin embargo, la Escritura dice: Dar de beber al sediento.

—Te daremos un cubo de agua. ¡Toma á cuenta!

Y le echó un puñado de nieve á los labios. El otro se reía.

Zbishko dejó que Zanderus se sentara en el coche, porque le divertía su compañía.

La nieve cubría con su alto manto la tierra centelleando á los primeros rayos del sol.

Zbishko envuelto en un pesado abrigo de pieles contemplaba la blanca llanura y oprimía el arco temiendo un asalto de lobos.

Estaba de buen humor y dijo que después de descansar en Prasnsh podrían continuar hasta Tzechanov.

—¿Hasta Tzechanov?

—Sí.

—¿Y luego?

—Quizá hasta Bogdanetz.

El tcheque le miró con asombro. Pensó que quizás Zbishko resolvió no casarse con Danusia en vista de la oposición que al matrimonio hacía Jurand de Spichov.

Alegróse Glava porque quería á Jaghenka y deseaba su felicidad y porque también amaba á Zbishko, que fué con él cortés y generoso.

—¿Permanecerá el señor en sus posesiones?

—No puedo, porque he desafiado á Lichtenstein y á los cruzados. De-Lorsh ha dicho que el Maestre quiere invitar al rey á Torun; yo acompañaré al rey, y Zavischia ó Povala pedirán que se me permita luchar con los cosacos. También podrás patentizar su valor, pues ellos llevarán escuderos.

—Me alegre.

Zbishko, mirando con benevolencia á Glava, exclamó:

—¡Compadezco á tu adversario! El Señor te ha dado fuerzas, pero no debes alardear de ellas.

Glava, cambiando de conversación, dijo:

—¡Cuán contento estará el señor Matzko! Todos se alegrarán en Zgogelitz.

Zbishko pensó en Jaghenka y murmuró en voz baja:—
«Ella no estará contenta. ¡Y si se hubiese casado!»

Turbóle el recuerdo de Vilko y de Chtan de Rogov; dolíale que la muchacha se casara con uno de ellos. Zbishko imaginaba el asombro de Matzko cuando supiera su casamiento; pero pensaba que lo aprobaría porque Jurand era más rico que Zich. «Murmurará, murmurará, pero después...» Y el joven se enternecía recordando cuánto le quería su tío, que en la guerra le defendía más que á su propia persona.

—¿Y qué cara pondrá Jurand? ¿Qué le diré? Yo soy su padre y tengo mi derecho,—exclamará;—y yo soy el marido de Danusia, replicaré. La niña le implorará, la princesa y Janush le aconsejarán y acabará por ceder.»

En Prasnish aconsejaron al joven que no marchara de noche á causa de los lobos; pero Zbishko no quiso detenerse porque marchaban con él muchos arrieros y unos caballeros de Masovetz. Siendo la caravana tan numerosa no había riesgo alguno. Al empezar la noche se pusieron todos en marcha.

La caravana andaba despacio y Zbishko se impacientaba pensando que no podría llegar el día de Navidad. La obscuridad era profunda, soplaban un viento huracanado, la tormenta de nieve era grande. A veces se oía un aullido lejano.

—¡Qué tiempo!—murmuró el techeque;—á Dios gracias estamos junto á la ciudad, pues sino...

—Cuando se está en el baile se ha de bailar,—replicó Zbishko. No veo luz alguna.

—El viento las habrá apagado.

—¡Con tal que Jurand no esté fuera!

El techeque procuraba ver en la obscuridad; pues oía gente que se acercaba.

—¿Qué queréis?—preguntó apretando el arco.

—Auxiliaros en nombre del príncipe.

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

—¿Queréis indicarnos el camino de la ciudad?

—¿No queda ningún rezagado?

—Ninguno.

—¿De dónde venís?

—De Prasnish.

—¿Habéis encontrado muchos viajeros?

—Ninguno.

—El príncipe ha enviado caballeros en todas direcciones para que socorran á los viandantes. Volvamos á la derecha.

Los viajeros obedecieron. Al cabo de un instante Zbishko preguntó:

—¿Hay muchos huéspedes en el castillo?

—Como de costumbre.

—¿Está el señor de Spichov?

—No, pero se le espera. Algunos hombres han ido á recibirle.

—¿Con antorchas?

—No, el viento las apagaría.

Los caballos resoplaban de cansancio.

—¡Buen tiempo para unas bodas del diablo!—exclamó el techeque.

Zbishko le ordenó que no hablase y dijo:

—Por Navidad los demonios se esconden en el cauce de los ríos helados; dicen los pescadores de Sandomir que una vez hallaron uno que tenía un pez en la boca y que al primer tañido de las campanas quedó paralizado. Ahora Dios nos envía esta tempestad para que mañana brille el sol.

—A no ser por estos guías, quién sabe donde hubiésemos dado con nuestros huesos!—exclamó Glava.

Habían llegado á la ciudad. Las calles desiertas y silenciosas infundían honda tristeza; de las ventanas se escapaba una luz pálida que sólo se veía de muy cerca.

La ciudad parecía descansar plácidamente; pero sus habitantes aún no dormían.

En la plaza nadie acudía á presenciar los juegos y cabriolas de unos pobres saltimbanquis.

Los arrieros y mercaderes que acompañaban á Zbishko se detuvieron en las posadas de la ciudad, mientras él se dirigía al castillo que, desde una altura, dominaba al pueblo á su poder sometido.

El puente levadizo estaba bajo y un siervo tocó el cuerno que hizo abrir el portón.

Mrokota recibió á los huéspedes y les condujo á sus habitaciones para que pudieran cambiar de ropas.

Zbishko preguntó por Jurand y el viejo cazador contestóle que el señor de Spichov no había llegado todavía; pero que llegaría pronto; añadió que varios hombres, por orden del príncipe, habían salido en busca suya y que la princesa había mandado preparar el cuarto para el terrible guerrero.

Zbishko se alegró, pues aun cuando temía ver á Jurand, estaba seguro que no podría arrebatarle á Danusia.

—Danusia es mi mujer, y me pertenece,—pensó.

Aquella felicidad le parecía un sueño que podría desvanecerse de un momento á otro. «Danusia quizá habrá hablado á su padre y como Jurand es hombre razonable, habrá accedido á sus ruegos.»

Así pensaba el joven mientras Mrokota le enteraba de lo que ocurría en el castillo; el príncipe y la princesa gozaban de buena salud y sólo sentían la ausencia de Danusia.

—Ahora,—dijo Mrokota,—Jaghenka es la que toca el laud; la princesa la quiere, pero no tanto como á Danusia.

—¿Jaghenka está en el castillo?—preguntó asombrado Zbishko.

—Sí, es la sobrina del señor de Vergoliass. Es una lin-

da muchacha; el caballero de Lotaringia está enamorado de ella.

—¿De-Lorsh está aquí?

—Sí, hace unos días; le gusta mucho esta sociedad.

—Me alegraré de verlo; es un buen caballero.

—Vamos; el príncipe y la princesa van á comer ahora.

En el gran comedor, en dos inmensas chimeneas ardían gruesos troncos. Señoras y caballeros acudían al amor de la lumbre.

Cuando entró el príncipe acompañado del capitán de guardias y de varios gentiles hombres, el joven se echó de rodillas y le besó la mano.

Janush le ordenó que se levantará y luego le dijo en voz baja:

—Lo sé todo; me enfadé primeramente; pero después me calmé pensando que no habíais tenido tiempo para avisarme, estando como estaba en Varsovia. Mi mujer me explicó la cosa de tal manera, que he accedido á perdonaros. ¡Ah, mujeres, mujeres, no hay más remedio que hacer lo que ellas quieren!

Zbishko, regocijado, murmuró;

—Permita Dios que pueda serviros pronto en alguna empresa difícil.

—Da gracias á Dios por haberte curado; cuando veas á la princesa dile que te he acogido bien, pues esto la alegrará y su dicha es la mía. Hablaré á Jurand en tu favor y creo que dará su consentimiento, porque quiere mucho á la princesa.

—Y si no lo diese, el derecho...

—Sí, el derecho está de tu parte, pero Jurand te negaría su bendición y esta es lo mejor que Dios puede concederte. En los días de tristeza sirve de consuelo y en los años de la vejez se recuerda con alegría los buenos tiempos pasados e infunde una tranquila resignación.

Zbishko se conmovió al oír aquellas palabras; la princesa apareció acompañada de Jaghenka, de Vergolias y de

otras damas. Adelantóse el joven y Ana, estrechándole la mano, le felicitó por su restablecimiento y le habló de la próxima llegada de Jurand.

—Todo está preparado para recibirle. No aplazamos la cena; pera no puede tardar en venir. Le hablaré después de cenar; el príncipe me ayudará. Jurand es testarudo; pero cederá á lo que le pidamos, pues debe recordar que le hemos protegido.

La princesa continuó explicando al joven cómo debía componérselas para convencer á Jurand. Parecía segura del resultado; pero en realidad no confiaba mucho, porque conocía el carácter de Jurand y porque le inquietaba su retardo.

El tiempo empeoraba; Ana estaba triste pensando en Danusia; temía que hubiese hablado á su padre y que éste, ofendido, no quisiera ir á Tzechanov.

Los criados empezaron á servir la mesa, Zbishko preguntó:

—¿Y si llegan los señores de Spichov? Mrokota me ha dicho que hay una habitación preparada para Jurand y...

La princesa se echó á reír y luego apoyando la mano en el hombro del joven, dijo:

—¡Veremos, veremos!

Se acercó entonces al príncipe, á quien un criado alargó un plato con bollos de pan dulce, que debía repartir entre los huéspedes y la servidumbre; un plato parecido ofreció á la princesa un hermoso paje, hijo de un castellano de los alrededores.

El sacerdote Viscionok iba á bendecir la mesa cuando un hombre cubierto de nieve y sudor entró en la sala.

—¡Príncipe illustre!

—¿Que ha ocurrido? ¡Habla!

—En el camino de Radsanov la nieve ha sepultado á varios viajeros.

Un grito de horror resonó en la sala.

—Que vayan hombres con palas á caballo; ¡pronto!— mandó el príncipe.

Después, volviéndose al funesto mensajero:

—¿Son muchos los sepultados?

—No se sabe. El viento es terrible; se ven coche y caballos caídos formando un siniestro montón.

—¿Quiénes serán esos viajeros?

—Dícese que venían de Spichov.

II

Zbishko, sin pedir siquiera permiso al príncipe, bajó á las cuadras y mandó ensillar los caballos. El techeque, que como escudero noble estaba en el comedor, siguió á su dueño sin tratar de disuadirle de su idea. Montó también á caballo y con muchos servidores del príncipe que llevaban antorchas siguió á Zbishko que galopaba.

El viento no era tan fuerte. Un perro que conocía aquellos contornos sirvió de guía. Los ginetes espoleaban sus monturas; pero los pobres caballos no podían correr por por aquel suelo blando.

Atravesaron las aldeas de Tzechanov y Nedsborg y pronto se acercaron á Radsanov.

Calmó el viento; relincharon alegres los caballos.

De-Lorsh trataba de consolar á Zbishko diciéndole que Jurand, al ver el peligro, pensaría ante todo en salvar á Danusia.

—Quizá ahora duerme tranquilamente envuelta en un abrigo.

Zbishko no comprendía bien lo que le decían y viendo que se abandonaba el camino preguntó por qué se hacía.

—Porque los viajeros han quedado bloqueados junto á aquellos árboles,—contestó un siervo indicando un punto negro que se destacaba sobre la nieve.

—¿Perdieron el camino?

—Sí, siguieron el curso del río.

—¿Y cómo se descubrió la catástrofe?

—Fué el perro...

—¿No hay casas cerca?

—Sí, al otro lado del río.

—¡Aprisa, aprisa!—gritó el joven.

Pero era más fácil dar la orden que cumplirla. En algunos puntos resbalaban los caballos sobre la nieve helada y en otros se hundían hasta el pecho. Tenían que adelantar con lentitud.

Ladró el perro escarbando la nieve junto á un grueso árbol iluminado por los rayos de la luna.

—Están más adelante los viajeros,—dijo el mensajero que fué al castillo;—pero aquí debe haber también algo. Traed las antorchas.

Se buscó á la luz de ellas y un siervo gritó:

—¡Un hombre bajo la nieve!

—También hay un caballo,—exclamó otro.

Empezaron á quitar la nieve con gran prisa y al poco rato apareció un hombre con la gorra calada y las riendas en la mano. Quizá se adelantó al resto de la caravana y quedó aprisionado por la nieve.

—¡Acercad las luces!—ordenó Zbishko.

Al principio no pudo distinguirse el rostro cubierto de nieve; pero quitada ésta se escapó un grito de todos los pechos;

—¡El señor de Spichov!

Zbishko dió orden de transportarlo á la cabaña más cercana y de hacerle volver á la vida por medio de enérgicas fricciones, mientras él continuaba buscando entre la nieve. Quizá Danusia yacía bajo el cándido sudario. Al pensar en ello, Zbishko espoleó el caballo.

Se oyó un gemido entre las tinieblas.

—¡Aquí!—gritaron algunos siervos.

Se descubrieron dos coches. Ninguna de las personas que había en ellos ofrecía señales de vida. Unos habían quedado como inmóviles; otros como si al ser sepultados bajo la nieve hicieran esfuerzos para librarse de la horrible muerte que les esperaba. Uno de los cocheros con las manos se tapaba los oídos. A su alrededor había una porción de hombres tendidos, muertos. Parecían dormir en albo lecho.

Ninguna mujer apareció. Zbishko trabajaba sin descanso. Gruesas gotas de sudor corrían por sus mejillas. Acercaba la antorcha á la cara de las víctimas temiendo descubrir una que le era muy querida; pero todos eran rostros de hombres.

—¿Qué significa esto?—pensaba Zbishko.

Dejó que los demás fueran hacia Nedsborg para procurar salvar á los que daban alguna señal de vida; y él permaneció con Glava en el lugar de la catástrofe. Pensó que quizá el coche de Danusia estaba separado de los demás por orden de Jurand y que pudiera ser que la joven estuviese recogida en alguna cabaña. No sabía qué hacer; pero quiso remover los montones de nieve junto al bosque y después inspeccionar el camino.

Nada se halló. Las únicas manchas negras que aparecían sobre la nieve eran los lobos que huían al aproximarse los dos guerreros.

—Señor, es inútil que busquemos.

—¿Por qué?

—Porque he registrado los equipajes de los coches. Ninguno contiene vestidos de mujer. De fijo que la señorita no se movió de Spichov.

Zbishko admiró la penetración de Glava.

—¡Dios te oiga!

Glava añadió:

—Si la señorita hubiese ido en uno de los coches, Ju-

rand la llevara consigo cuando se apartó de la caravana.

—Vamos allá,—insistió Zbishko con convulso acento. —Jurand puede haber puesto á su hija sobre su propio caballo y quizá al caer voló en busca de auxilio.

—No había vestidos de mujer en los equipajes,—repuso Glava,—y no es probable que la señorita quisiese presentarse en la corte con traje de viaje.

De todos modos siguió á su señor; nada descubrieron. El techeque le hizo observar que así como el perro había descubierto á Jurand, también hubiese descubierto á la señorita.

Zbishko se consoló poco á poco persuadiéndose de que Danusia no había salido de Spichov. Pensó que quizá confesara su casamiento á Jurand y que este partió en seguida para Tzechanov.

El joven casi se regocijaba pensando que la muerte de Jurand destruía todos los obstáculos que se oponían á su dicha.

—El no quiere; pero el Señor sí quiere y su voluntad es la más fuerte,—pensó el propietario de Bogdanetz.

Zbishko decidió ir á Spichov, tomar á Danusia que era suya y cumplir su voto, lo cual le era más fácil en la frontera que en Bogdanetz.

—La voluntad de Dios,—repetía el joven con júbilo,—pero se ruborizó de su alegría y volviéndose al techeque, exclamó:

—¡Pobre Jurand!

—Los alemanes le temían como á la muerte,—dijo Glava.—¿Volveremos al castillo? Sí, atravesando Nosdberg.

Al llegar allí, Gelek les ofreció algo para comer y les dió una buena noticia. Jurand estaba vivo.

—¡Vivo!—exclamó Zbishko.

—Sí; pero no sé si podrá ponerse en camino.

—Ha hablado de su hija.

—Apenas respiraba.

—¿Y los demás?

—Están en el cielo.

—¡Pobrecitos! no oirán ya otra misa que la que celebra Nuestro Señor en el cielo.

—¿Ninguno queda vivo?

—Ninguno. Os ruego que entréis dentro, pues hablaremos mejor. Si queréis verlos, entrad, pues los cadáveres están en la gran sala.

Zbishko no quería acceder. Desde Nedsborg á Tzechanov había gran trecho y Zbishko deseaba salvarle cuanto antes para ver á Jurand y preguntarle.

Cuando llegó al castillo de Janush era ya media noche. Se oía el sonido de la zampoña y el canto de las mujeres que celebran el natalicio de Jesús en el pesebre. La princesa se acercó á Zbishko.

—¿Y Danusia?—preguntó.

—No la hemos hallado; Jurand está aún vivo.

—¡Bendito sea Dios!

—La joven de fijo que se quedó en Spichov.

—¿Cómo lo sabes?

—En los equipajes no había vestido alguno suyo. ¿Es posible que se marchara con un sólo vestido?

La princesa holgóse de ello y exclamó:

—¡Jesús, tú que has nacido hoy, ten piedad de nosotros.

Por otra parte, la llegada de Jurand sin su hija le parecía una cosa rara.

—¿Por qué la habré dejado en casa?—preguntó la princesa.

Zbishko le esplicó lo que había pensado y la princesa le dijo que ahora que el temible guerrero le debía la vida, indudablemente le daría su consentimiento.

—Cuando vuelva en sí se lo diré todo,—añadió Ana.

—Esperemos que no nos diga que Danusia está enferma.

—¿Por qué pensar mal? Si estuviera enferma él no se hubiera marchado.

—Es verdad.

Zbishko fué á la habitación en que estaba Jurand. Estaba caldeada porque ardía en ella un gran fuego y el sacerdote Viscionick estaba sentado junto al enfermo que, envuelto en forradas pieles, respiraba afanosamente.

—¿Cómo está?—preguntó la princesa.

—Le he dado vino caliente y ahora empieza á sudar,—contestó el sacerdote.

—Duerme?

—Así parece.

—¿Has tratado de hablarle?

—Sí, pero no contesta, y creo que no tardará en mover la lengua.

—Esperemos,—dijo la princesa.

El sacerdote insistió en que se fueran á dormir, pero tanto Ana como Zbishko no quisieron abandonar la habitación. La princesa se sentó al lado de la cama y después de rezar algunas oraciones, se adormeció; Zbishko, que aún no estaba completamente restablecido inclinó la cabeza y empezó á roncar. Al cabo de un rato Jurand abrió los ojos y miró en torno suyo con asombro.

—¡Bendito sea el nombre de Dios!—repitió la princesa.

—¿Cómo estáis?

Jurand cogió convulsivamente el abrigo y trató de rasgarlo.

—¡Aquí, aquí!—aulló;—¡la nieve me ahoga!

La princesa le calmó.

—Estáis en Tzechanov,—dijo. En aquel instante Jurand frunció el entrecejo como el que con dificultad busca una idea y exclamó:

—¡En Tzechanov! Mi hija me espera, el príncipe, la princesa... ¡Danusia mía!

Quedó como muerto. Zbishko y Ana se asustaban; poco después el pecho de Jurand se estremeció con la regular cadencia del que duerme profundamente. El sacerdote, llevando un dedo á los labios recomendó el silencio.

—¿Qué ha dicho Jurand?—preguntó la princesa como si temiera haber comprendido mal.

—Que Danusia le espera en Tzechanov,—contestó Zbishko agitadoísimo.

—Es que deliraba,—contestó el sacerdote.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

III

El sacerdote temió que la fiebre no abandonase á Jurand y que por lo mismo tardara éste en recobrar la razón; no obstante prometió á la princesa y á Zbishko llamarles en cuanto el enfermo hablara.

Ocurrió esto el segundo día de Navidad; estaban presentes la princesa y Zbishko. Jurand la reconoció y dijo:

—Por piedad, señora... ¿Me hallo en Tzechanov?

—Sí, contestó la princesa.

—Me sorprendió la tormenta. ¿Quién me ha salvado?

—Este caballero, Zbishko de Bogdanetz; aquel que en Cracovia...

Jurand miró al joven con gratitud y dijo:

—Ya me acuerdo; ¿dónde está Danusia?

—¿Qué? ¿No la dejasteis en casa?—preguntó con inquietud la princesa.

—No; venía á buscarla.

Zbishko y la princesa se miraron creyendo que Jurand deliraba; y luego Ana exclamó:

—En nombre de Dios, decidme si la niña está en vuestro castillo.

—¿En mi castillo?

—Vuestras deudas han muerto helados; entre ellos no estaba Danusia, que, de hijo, estará en Spichov.

—¿En Spichov? Estará en vuestro castillo no en el mío.

—La enviasteis á buscar cuando la corte estaba en el pabellón de caza; vinieron allí muchos soldados con una carta vuestra.

—¡Dios mío!—exclamó Jurand;—no envié á nadie.

La princesa palideció y preguntó:

—¿No deliráis?

—¿Dónde está mi hija?—gritó Jurand, incorporándose en la cama.

—Oídme; vinieron por Danusia muchos soldados con carta en que asegurabais haber sido herido durante el incendio, que habíais perdido casi la vista y que deseabais abrazar á Danusia, que se fué con los mensajeros.

—¡Maldición!—aulló Jurand;—en Spichov no hubo incendio; á nadie envié.

En aquel momento entró Vircionok con una carta.

—¿No la escribió vuestro capellán?

—No lo sé.

—¿Y el sello?

—Es mío. ¿Qué decía la carta?

Viscionok leyó, mientras Jurand gritaba:

—¡Es falsa! ¡Me han robado á mi Danusia!

—¿Quién?

—Los cruzados.

—Hay que avisar al príncipe para que mandé embajadores al Gran Maestre.

Dicho esto la princesa abandonó la estancia.

Jurand se levantó y se vistió con febril rapidez; Zbishko se hallaba como petrificado.

—¿Por qué aseguráis que la robaron los cruzados?—preguntó el sacerdote á Jurand.

—Nadie más que ellos pudieron atreverse á tal empresa.

—Vinieron á quejarse de nosotros cuando estábamos en el pabellón de caza y pedían que se castigase á...

—¡Miserables!—interrumpió Zbishko.

Se levantó pálido y tembloroso y fué á las caballerizas, donde ordenó que ensillasen caballos y prepararan coches. No sabía que hacer; pero quería volar en auxilio de Danusia y arrancarla del poder de sus enemigos ó morir. Con Jurand la empresa sería más fácil y por lo mismo volvió á su estancia para avisarle el viaje. Le rodeaban Viscionok y la princesa, el príncipe y De-Lorsh y el viejo Dlugoliass en quien todos fiaban porque conocía bien á los cruzados.

—Obraremos con prudencia á fin de no echarlo todo á rodar y perder á Danusia,—observó Dlugoliass.—Conviene escribir en seguida al Maestre y yo mismo llevaré la carta.

—La escribiré,—dijo el príncipe,—y la llevaréis vos mismo. El Maestre teme la guerra con Polonia y desea que mi hermano y yo permanezcamos neutrales... No debe saber que han robado á Danusia, pero puede obligar á sus raptos á devolverla.

—¿Y si la hubiesen robado por orden suya?—preguntó Viscionok.

—Aunque cruzado, tiene más conciencia que los otros, y al presente quiere complacerme. El poder de Jagellon no es despreciable, y si se unieran con él los habitantes de Masovia, los cruzados recibirían una buena lección.

—Verdad es,—dijo Dlugoliass;—espero que los cruzados se han apoderado de Danusia con el solo propósito de

pedir por ella un buen rescate ó canjearla con cualquier prisionero.

Y dirigiéndose al señor de Spichov preguntó:

—¿A quién tenéis preso?

—A De-Begror,—respondió Jurand.

—¿Es un gran señor?

—Creo que sí.

De Lorsh, al oír el nombre de De-Begror, pidió noticias de él y profirió:

—Es pariente del conde de Gheldernsk, gran bienhechor de la orden.

—Todo se explica,—murmuró Dlugoliass;—los de De-Begror ocupan los principales cargos de la orden.

—Por esto hablaba á menudo de él, De-Loeve y De-Danfelf, repitiendo que debíamos ponerle en libertad. Apuesto que se han apoderado de la joven para canjearla con De-Begror.

—Hay que averiguar donde está Danusia porque si el Maestre preguntase á quien ha de devolverla, ¿qué responderemos?

—La habrán llevado muy lejos,—dijo Jurand.

—Iremos á buscarla donde esté,—profirió Zbishko.

—Sí, ya es hora de acabar con estos bandidos; tendrán que devolverme á mi hija. Si no lo hacen así, enviaré á todas partes mis vitzy (1); invocaré la ayuda de mi hermano, la de Vitoldo y la del rey, y les venceremos.

Callaron todos en tanto que el príncipe espresaba su furor con esas palabras.

Ana Danuta las aprobó con una inclinación de cabeza.

Viscionok rompió el silencio.

—Tiempo atrás reinaba la mayor disciplina en la orden

(1) Según la antigua costumbre los nobles se llamaban mutuamente á la guerra por medio de cartas que llevaban el sello real. Un escudero las paseaba en lo sito de un palo llamado «vitzy» y las mostraba á los gentiles hombres y los señores y se leían en alta voz en los mercados.

y ni aun el comtor se atrevía á hacer cosa alguna sin consultarla con el Maestre; por eso Dios permitió á los cruzados acumular tantas riquezas y les hizo fuertes. Pero hoy no queda ni disciplina, ni justicia ni fe; son ávidos y feroces como lobos. Se encastillan cada cual en su casa y se ayudan para las malas acciones; nos lamentaremos y el Maestre prometerá montes de oro, pero los cruzados dirán que nada saben de la joven.

—Me parece,—dijo Dlugoliass, — que Jurand debe volver á Spichov, porque si los cruzados se apoderaron de la joven la devolverán en cambio de De-Begror, y para esto mandarán mensajeros al castillo. Además, desafiarán á Jurand.

—¡Oh, un desafío!—exclamó Zbishko.

—Se batirán conmigo, porque yo les he lanzado ya mi reto.

—¿Quién vino al pabellón de caza?

—De-Danfelf,—respondió el sacerdote,—y le acompañaban Gottfrid, Rotghen y el viejo De-Love. Se quejaron y querían que el príncipe os mandase devolver la libertad á De-Begror. Pero el príncipe que se enteró de que los alemanes habían sido los primeros en romper las hostilidades, despidió á los embajadores sin hacerles caso.

—Id á Spichov,—insistió Janush;—les veréis allí; si no acuden, avisádmelo; no renuncio á vengarme porque me han ofendido gravemente.

—Si dicen á Jurand dónde está la joven, no podrán negárselo al Maestre; de seguro que la han llevado al otro lado de la frontera, pero no tendrán más remedio que devolvérsela.

—¡De-Danfelf, De-Love, Gottfrid y Rotgha!—repitió con voz ronca Jurand.

Nicolás de Dlugoliass aconsejó enviar mensajeros fieles y discretos á Tscitna y á Jensborg para que cuidasen de averiguar el paradero de la joven Danusia. El príncipe